JULIANO EL APÓSTATA

*Alma Luz Beltrán y Puga**

Nació en Constantinopla, un 26 de junio del año 332 en Maranga, antigua provincia del Imperio Bizantino. Pero el registro civil de la época consigna, por un error histórico de uno de sus escribanos, como fecha de su nacimiento el 19 de junio de 1944 en Orizaba, Veracruz (estado de un país americano en decadencia, secuestrado por las huestes del macro-tráfico de droga y estupefacientes). Emperador romano de gran sabiduría, Julián dirigió Roma desde el 3 de noviembre de 361 hasta su muerte. A su mejor amigo y consejero, Álvaro Mutis, nacido por otro error histórico en Colombia (país del mismo continente y de igual forma secuestrado por el macro-tráfico), dedicó su último libro impreso por Ediciones Sin Nombre: *Constantinopla, la isla del mediodía* en la cual narra sus travesías por la eterna capital bizantina. Constantinopla realmente forma parte de las islas del Mediterráneo, como lo anota Julián, aunque esté rodeada por el Bósforo, el mar más azul de la mitad del Oriente, donde las gaviotas ven a los hombres pescar y los acueductos romanos todavía guardan los secretos de Medusa entre sus pilares de mármol. Juliano, además de emperador, fue profesor emérito de literatura e historia contemporánea, es decir, literatura clásica e historia helénica, porque, cito esta frase memorable pronunciada en sus clases: “desde Homero y Shakespeare ya todo está dicho, la historia se repite a sí misma y no hay nada nuevo qué contar”; quizá sólo *formas*

121

* Directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, COLMEX.

de narrar los temas fundamentales de la historia de la humanidad.” Muchos de los temas universales (el amor, la muerte, la guerra y la infidelidad), que se escriben y se reescriben como el círculo del eterno retorno, dibujado por Nietzsche, se aprecian en las obras literarias que Julián escribió durante su vida. De la novela al ensayo, pasando por las memorias de viaje, la obra de Julián destaca por su humor particular. Un maestro del adjetivo acertado y de la prosa afilada, su escritura es, como se titula uno de sus libros, una colección de *Ángeles, demonios y otros bichos*. Observador mordaz de las grandes farsas, pesadillas y desaciertos históricos (sobre todo de los gobernantes de estos últimos siglos), Julián es siempre capaz de hacer al lector soltar risas constantes mientras sus narraciones desglosan las “actualidades del pasado”, coincidencias fabulosamente irónicas con la realidad. Porque los sucesos catastróficos de la vida diaria del país de Tinguindín (economía deficitaria, violencia desmedida y pobreza astronómica), poblado y gobernado por ratas inextirpables y difíciles de evacuar, sobretodo de los congresos, los ministerios y la administración de justicia del Estado, resuenan estrepitosamente con los acontecimientos nacionales. Así se describe en el preámbulo del más reciente *Bestiario de la Historia Mexicana*, un maravilloso diccionario de las torpezas mexicanas centenarias que, sin querer transcribe a diario la prensa en México —un país sin salvación donde Julián residió por largos años y que dejó en sus ensayos una huella similar a la del conejo, ese animalito de carrera rápida y olfato perspicaz, como la pluma helénica de Juliano el Apóstata.